

ROTUNDA, TRÉMULO, UNA PERRA SEIS GATOS Y YO

Más dormido que despierto va el personaje a la cocina y mientras calienta el agua de la ducha pone con ceremonioso ritual lo necesario para que la cafetera italiana empiece el burbujeante, mágico y sagrado fenómeno de aromatizar a café la cocina, lugar que sirve de campamento base para conquistar la cumbre en un nuevo día de una nueva semana tal vez de una nueva vida.

Ya duchado después de 5 minutos al agua tibia nunca caliente como para desplumar gallinas resabiadas y unos dos minutos finales con agua fría por aquello de incentivar y mejorar la circulación en el cuerpo, vestido con su indumentaria habitual de trabajo y frente a una taza de exquisito café nunca tostado con azúcar y preferiblemente cultivado en las montañas que están ni tan lejos ni tan cerca de Macondo, acompañado con un trozo de pan rustico de algún horno de leña como el de las antiguas Tahonas que trituraban el grano que llegaba desde la gran meseta atravesando la cordillera a lomos de jamelgos y mulas, alguno de dos patas, para ser triturado entre monolitos movidos por la intermitente furia o calma de la fuerza del río en su constante latir y así lograr la granza volátil, inmaculada, sutil la cual es alma y cuerpo de hogazas como la que se presta a disfrutar en una rebanada cortada en mano a navaja como mandan las leyes divinas y sutilmente embadurnada de aceite de olivas exprimidas con lenta violencia en almazara para que lloren, suden y se desangren logrando finalmente un exquisito elixir verde virgen extra de infinitos matices y así poder recibir cálidamente unas finas rodajas del tomate más maduro de la huerta ecológica, orgánica y auto sostenible de algún vecino jubilado generoso todo esto culminado finalmente en una loncha de jamón en su punto

exacto de curación, bouquet y sal gracias al gélido céfiro de la sierra donde hibernó más de 12 meses; son el asueto necesario para enfrentar el nuevo ardid su nueva cruzada, su yihad interior.

Semejante y único mestizaje de texturas aromas, colores y sabores son suficiente combustible para lo que viene durante la jornada de trabajo mientras disfruta su taza de café y la ración de pan con aceite, tomate y jamón en su terraza que mira al sur escuchando el ulular del viento, el cuncumen sutil del río a pocos metros de su hogar y percibiendo el suave petricor temprano de la atmosfera.

- ¿Y qué es lo que viene? -

Limpiar y ser psicólogo. Limpiar sus soledades, miedos monotonías, e inseguridades, dolores del alma incluida la suya propia y limpiar la vivienda para quienes en el otoño de sus vidas pocas son las circunstancias y momentos que cada día ofrecen algún tipo de ilusión que les anime a seguir luchando, algo que les justifique el latir a ralenti de sus corazones y les ayude a mantener la conexión umbilical de sus mentes con el mundo real por duro y nauseabundo que a veces sea con quienes han ayudado y entregado su vida para construirlo.

Treinta kilómetros más o menos de soliloquio espiritual, de farfulleo crítico y más de un juramento y maldición gitana al gobierno comunista de turno escuchando mientras conduce las noticias lapidarias en la emisora favorita de las pocas que capta la radio del coche por culpa de la puta antena comprada en el chino.

- ¿Se han dado cuenta que la mayoría de lo que se hace en China es efímero? -

Esperemos que su virus con denominación de origen no sea la excepción, que natural o artificialmente nace en sus milenarias tierras, sus atiborradas ciudades, sus mercados clandestinos de animales, o sus

recónditos y herméticos laboratorios, y que finalmente conllevan a la misantropía. Y es que para hacerse dueño universal de la economía podría valer cualquier estrategia.

Manos en el volante y disfrutando de un paisaje único y solitario donde cotidianamente se pueden atisbar corzos, zorros halcones y milanos, también toparse con jabalíes y un sin número de pequeñas aves como gorriones, chochines, lavanderas, petirrojos, herrerillos y alguna que otra garza real sin olvidar a una parejita de perdices con su nido cerca a la entrada del pueblo que corretean idílicas y que por su comportamiento edulcorado de primavera, parecen más dos tortolitos. Hacen parte de la compañía del camino para llegar al destino donde la lejía y el detergente además de una buena dosis de quita grasas serán sus armas de artillería pesada contra el enemigo a vencer, la suciedad.

Adecentar su vivienda y también la macedonia de sus emociones en el cada vez más yermo pueblo de hosco ambiente entre vecinos donde la fraternidad de sus habitantes es como la semilla que muere en el breñal más aun teniendo en cuenta que por despoblación, cambio generacional y abandono gubernamental quedan solo cuatro gatos en él.

Al aparcar el coche en el pequeño quiñón de la plaza central del pueblo utilizado como depósito de leña por el espabilado y algo cara dura hijo o hija, vamos a ser ecuánimes de algún vecino, unos gañidos intensos y hasta armónicamente entonados por todos los perros de cada casa que allí encadenados como cancerberos del hades frente a estas, saludan al recién llegado. Los chuchos no los vecinos, saben que a veces con el visitante vienen también salchichas para cada uno. Para los chuchos, no los vecinos dejo claro, que saltando y con sus hocicos salivosos de emoción las cogen en el aire cuando se las lanza en hiperbólica figura.

- Otro día más salchichas. -

Ya en el exterior de la casa a la cual se dirige, una Zarabanda de seis gatos que salen en tromba a saludar desde el henil mimetizado por las ramas de la uvayema sarmentosa trepadora en la fachada, hacen gala con esa fría diplomacia que caracteriza a los felinos y alguna que otra felina de tacón cuando hay interés de por medio, y el protocolo se completa con el saludo de la Chuchi mostrando en posición de reverencia sus colmillos en un rictus canino entre felicidad y burla con su vellón blanco degradado a marrón y percutido de manchas fangosas y alguna que otra rasta por la combinación de largo pelaje, comida barro y también como no podía ser de otra forma ,,,,, mierda.

La pobre seguirá el día encadenada a la verja de entrada a la casa para evitar que algún coche le pase por encima y algún perro también mientras llega la noche y libre puede correr y perseguir libélulas, polillas y moscardones por las campas del pueblo sintiendo y disfrutando su libertad, intentando recordar y olvidar al mismo tiempo a sus siete cachorros, resultado de un descuido del primogénito de casa quien un día olvidó amarrarla antes de marchar del pueblo y que para enmendar su error, optó por lo más fácil. Hachuela en mano llevarlos a una campa y con el nogal que está en medio para brindar sombra en los días de estío como único testigo del crimen, ahorrarse los gastos de veterinario. Pobre Chuchi y su triste mirada perruna, guardiana de casa ante cacos y alguna ralea balcánica malintencionada que ronda los pueblos intentando liarla y evitando también cualquier oportunidad de visita del raposo al gallinero que cuando abre sus puertas cada mañana celebra la entrada de luz posterior a toda una fría y lúgubre noche con la estampida de una bandada de avechuchos semi voladores, pone huevos de cresta espuela y pluma mestiza, que recuerdan a los velociraptores hambrientos sus primos lejanos extintos hace setenta y cinco millones de años cazando en

grupo. O similar también, a una horda de adrenalizadas y frenéticas marujas, también marujos vamos a seguir siendo ecuanímenes con patología de compra compulsiva al momento cero de iniciar las rebajas cuando a las diez horas de algún lunes de enero se abren las puertas de las grandes superficies.

Y es que Rotunda, la dueña y alma de la casa que podría ser o haber sido musa de inspiración para él más escultor que pintor, Fernando Botero, por su cinética volumetría corporal tan oronda y por su ecléctica gordura que contrasta con ironía junto a la enjuta figura de Trémulo, su esposo, apodado por quien narra como fiero no solo por su mirada felina de ojos amarillos en contraste de su pelo cenizo además de un detalle que más adelante será relatado, sino por su fama de mujeriego y asiduo visitante en otrora a discotecas, antros de música, burdeles y lupanares, saraos y verbenas de perpetuo amanecer arrebolado con aguardientiza furrusca y francachela incluida, cuando en la vorágine de la juventud nunca imaginaria que en el atardecer de la vida tendría una jofaina junto a su cama, evitando un renqueante caminar en el inhumano kilometraje nocturno hasta el baño junto a su habitación que a ciertas horas parece más una letrina de mazmorra. Por culpa de la oscuridad y el tembloroso movimiento de sus manos, el incontrollable líquido sale caliente y desborda el recipiente fluyendo en cascada sobre el kilim traído por una de sus hijas en el viaje de bodas a las tierras del rey Jerjes en su primer matrimonio, lo impregna todo, incluso el suelo roto y descolorido de vinilo barato hecho en China. Cosas de la noche y sus habitantes.

Ambos a sus ochenta y tantos años no son muy amigos de la pulcritud, pero son más majos que volverlo a decir, aunque eso no debe ser motivo de cuestión alguna ya que vivir toda la vida en la sierra donde el sol es el primer y último visitante del pueblo por estar tan alto y estar en

lindes con la casa del redentor que se sacrificó por mi pecado y todos los tuyos apreciado lector y donde se escucha más el intermitente sonido de los cencerros de las vacas en su inmarcesible rumiar y el vernáculo mugir bramando y berrear de los animales del lugar; justifican toda costumbre y rutina de cada día y faena. Donde falta dinero sobra amabilidad y alguna que otra pitanza ocasional de chorizo casero en sartén al punto infernal acompañado de pan, que le es servido casi al terminar su trabajo y que humilde y con cariño le ofrece Rotunda simultáneamente junto a la de Trémulo que se completa con un tazón de pétreos cuscurros y mendrugos que flotan en la leche ardiente con chocolate. Otro desayuno como Dios manda. Una casa humilde en detalles materiales, grietas en suelo y paredes, azulejos sueltos y resquebrajados por el paso del tiempo, piedras oquerosas como sus propias pieles, techos mohosos por la humedad y las goteras pero rica en generosidad y calor humano, aunque embadurnada de barro, polvo telarañas y mil y un artículos, trastos cacharros, enseres y cachivaches que, aunque muchos están en desuso los demás se niegan a ser inservibles, aunque sea para decorar y disimular o para ser recordados en tiempos de utilidad.

Hoy es lunes y sube al pueblo el furgón de los congelados, lo que significa que Rotunda estará despierta, cosa no habitual los otros días cuando al llegar a casa y entrar con el sigilo de un gato para respetar el sueño de ambos, solo se escucha al mejor estilo de Pimpinela los estruendosos ronquidos de ella y el resuello de él como respuesta. Un estertor mutuo, todo en melódica armonía de compases al inspirar y expirar en fá menor a dúo dirigido por el mismísimo Morfeo componiendo una escena digna de ser inmortalizada. Duermen como bebés a pesar del intenso frío serrano húmedo y machetero de las noches que

se cuelga por las hendijas y huecos de las viejas ventanas y de algún cristal roto al otro lado de la casa, gracias a sus cuerpos poiquilothermos que justifican las leyes darwinianas de adaptabilidad o extinción de cualquier especie a cualquier medio hostil y gracias también a sus cobijas de lanas merinas pesadas como losas, como sus cincuenta años de matrimonio.

Una noche inmarcesible como la gloria del país de la tierra del olvido sufriendo ella dolores y angustias tan fieles compañeras como su propia sombra y recuerdos de juventud no le dejan disfrutar del descanso necesario y por ello sigue dormida aún. Hay que despertarla con cautela para que haga su compra semanal y en especial los chorizos que trae el furgón para los desayunos de Trémulo.

- ¿Que tienen de especial esas sartas de chorizo? -

No se sabe con exactitud, pero además de su elaboración esmerada casi artesanal, el toque ahumado que le dan ya en casa cuando son puestos en el gancho sobre la estufa de leña y se curan sin afán. Trémulo se come dos al día mientras a Rotunda le sirven una naranja sin piel y troceada con sorbida final del zumo en el plato para luchar contra el estreñimiento las almorranas, y posibles catarros. Alrededor de cincuenta euros menos en su monedero, pero la mesa del salón abundante de pimientos, plátanos alguna fruta de temporada, cebollas además de natillas, yogures algo de leche, pescado congelado y por supuesto...lejía, no puede faltar. Que falte agua en el desierto, pero nunca lejía en casa de Rotunda y Trémulo también limpia cristales, matamoscas, lavavajillas y fregasuelos. Recuerdo inolvidable la visita en su primer día de trabajo cuando al entrar lo primero que vió fue la tira de pegante colgada de la lámpara en cenital posición sobre la mesa de cocina con cincuenta, cien o tal vez cuatrocientas moscas pegadas a este y el desesperado movimiento de

patas y zumbidos de las que aun luchaban por no ser parte del exterminio. Directo a la chapa y su particular seol artificial. La naturaleza y su infinita sabiduría asignan una función y un papel de armonía e interacción entre individuos de cada especie, pero:

-¿Y las moscas que papel cumplen en el circuito de la naturaleza?-
Impertinar al cuadrúpedo rumiante y al que no lo es, posarse en la bosta humana o animal frotar con intención maligna sus patas delanteras elucubrar asquerosidades e impertinencias al resto del ecosistema y luego volar para intentar pararse en tu comida y vomitar en ella. Jodidos bichos de satán.

Hecha la compra al viandante del furgón de congelados, el paso siguiente es el baño semanal. A Rotunda no le importa que un hombre sea testigo de sus carnes y curvas interminables y la ayude a ducharse. Se quita la ropa que cae al suelo y le preguntan: ¿la lavas o le prendemos fuego? Ella ríe, pero no disimula su punto de vergüenza. Entra con dificultad en la ducha y exige graduar el agua con milimétrica precisión de relojero suizo la temperatura en el punto imposible de equilibrio entre frio y caliente. El ritual dura entre 5 y 7 minutos según el día. Primero mojada integral de pies a cabeza y simultáneamente champú mientras se intenta llegar con la cabeza de la ducha a sus recónditos rincones y luego esponja y gel para finalizar con el chapuzón final de arriba a abajo. Aseada y vestida solo queda embadurnarla con la crema para intentar aliviar la resequedad de su arrugada piel y terminar con la aplicación de un perfume. A ver si aguanta todo esto hasta el lunes próximo. Pasa al banquillo Trémulo. Le toca afeitado ya que no le gusta que un hombre lo bañe, lo asee. Él se apaña como puede. La afeitada también cuesta por las fisuras de su piel gurruña y las arrugas en toda la cara. Maquina en mano empieza la poda. Mofletes cogote, gazonate, orejas y nariz.

Imberbe queda y con diez años menos.

Después del afeitado curación de hongos en los pies. Diez uñas como las del comandante de los orcos en la guerra de la tierra media contra elfos enanos y humanos, son sumergidas en solución de agua tibia sal y vinagre para combatir los hongos ahí fosilizados. Ahora se completa la justificación de su mote, su alias: Fiera, por sus uñas como garras, como las azagayas de las huestes de Almanzor. Finalizada la tanda de aseo aprovechando el sol de la mañana que les acaricia con parsimonia se sientan juntos en su terraza en conversación discolorada pero sincera. Tan solos saben que se tienen el uno al otro.

Junto a ellos la chuchi y el trasegar de los gatos mientras ven a las gallinas picotear en busca de comida. Una vista impresionante de la sierra majestuosa y unos lejanos cirros amenazantes con el susurro somnoliento de un cauce de agua que baja paralelo a la carretera, les acompaña en un instante eterno y rutinario que podría generar muchas envidias. Empieza lo bueno. Limpiar mientras a gritos se comunican ya que ellos afuera y el otro adentro de casa no se escuchan bien para empezar una conversación cargada de chismes y anécdotas de pueblo y parroquia.

Ella hable que hable sin parar y él: si, aja, ya ves, joder, manda cojones, se veía venir, que les den, por lista, que se jodan, putos políticos, lo que hay que oír, como está el patio, sabes lo que te digo, el muerto al hoyo y el vivo al bollo, la madre que lo pario, no hay huevos, y muchas más exclamaciones filosóficas de sabiduría popular para responder sus frases y comentarios matando la distimia del aburrimiento y la monotonía pero sin perder el ritmo de trabajo limpiando el baño, fregando los cacharros de la cocina, haciendo sus camas, barriendo y recogiendo, pasando fregona especialmente junto a la jofaina de Trémulo, matando moscas a fundíbulo

quitando telarañas dignas de una prueba de carbono catorce, limpiando la ceniza de la estufa de leña, preparando sus boticas y alguna función más que da igual mencionarla o no. Dos horas después e intensamente perfumado con el immaculado hipoclorito de sodio, y habiendo puesto a prueba de resistencia industrial escoba, fregona y paños varios, los dos ancianos un perro y seis gatos se quedan tristes. Del parloteo incesante y la traca verbal se pasa a la tristeza, la afasia y el revoloteo de sus cuitas en sus mentes y sus recuerdos pero satisfechos con la esperanza de volver a ver al psicólogo de la lejía, al amigo, al compañero de corta visita diaria al día siguiente, al fausto fanfarrón que en su coche de los más demandados y vendidos por ser el más barato hecho en parte en el país de los Cárpatos y su siniestro conde, marcha del pueblo por una carretera que si hubiera sido bombardeada por la legión cóndor del imperio nazi estaría en mejor estado y no como un camino de cabras mientras le sobrevuelan en círculo los buitres leonados como presagiando un triste final esperando una oportunidad. Cruzando miradas con la vecina de enfrente y su marido, ambos bien aldeanos, le lanzan juicios y sentencias a punta de pupila como si les debiera dinero o tuviesen algún asunto de tierra pendiente, mientras estos arrear una recua de vacas terneras y un buey que pasan junto al coche con parsimonia infinita.

Cosas de la sierra y sus habitantes.

El buen baladrón autoproclamado se aleja lentamente con sus historias vinculadas a las emociones de ellos y a la suya propia, conduciendo exague por la labor realizada dirección a su próxima parada en el siguiente pueblo.

Una casa con aristocrático blasón tallado en la arenisca de fachada e hidalgo aldabón de forja en su puerta. Una casa con abolengo y linaje.

La casa de Begonia.